

Las sombras de las voces¹

“Sé que el sueño estará poblado /de tropas enemigas”

(“Encrucijada de sueños”, Aldo Oliva)

El poema es una de las formas que tiene el lenguaje para escaparse de nuestros sentidos, sostenido por el ritmo y alimentado por profusas imágenes que se superponen ejerce en el lector la seducción del desafío y el temor frente al imposible desciframiento. Signo plural, de múltiples recorridos y orientaciones ambiguas propicia -en el universo del arte- la posibilidad de pensar el mundo, construir hipótesis, llevarlo a sus límites. El poema está relacionado con un lugar, un tiempo pero no condicionado por esa circunstancia, sino que justamente por estar hecho de palabras abre nuevos carriles para interpelar al mundo que damos como real. Todas estas dimensiones -tiempo, espacio, ritmo, discurso- se entretejen, se solapan, se deslizan unas sobre otras formando una textura de voces y silencios.

Esta imagen del tejido es la que recupera Juan Pablo Aldonati (La Rioja, 1980) en este libro constituido por veinticuatro breves poemas, donde la memoria circula entre lo presente y lo ausente, lo dicho y lo callado, lo corpóreo y lo fantasmal. La ausencia de títulos arroja al lector a un territorio donde debe buscar otras señales para atravesarlo, se trata de un reto pero a la vez de un guiño que enlaza a autor y lector para caminar sobre los hilos de la telaraña, sin perderse en sus precipicios. La presencia de la araña abre también otras líneas de sentido hacia el pasado, la infancia, la historia:

El caucho de la rueda de los autos
y su golpeteo en los pozos del asfalto
se asemejan a furiosas montoneras.

Además vuelve en la recurrencia de animales -perros, gatos, sapos, pájaros, peces, insectos- anudándolos con la tierra, la naturaleza y cruzándolos con los

¹ Prólogo a *Donde tejen las arañas* de Juan Pablo Aldonati. La Rioja: Secretaría de Culturas. 2021.

sonidos del agua, de la noche, de los recuerdos. Es un devenir de los cuerpos, presentes, soñados o espectrales que reaccionan frente al dolor, la ira, el placer o la muerte; una sucesión de luz y oscuridad, escenas que se iluminan para mostrar lo monstruoso, lo violento, lo afectivo a través de colores y formas, generando un tapiz lírico. La voz poética se oculta, deja hablar a lo otro, muestra la visión que le ofrece el mundo, fotografía de palabras. Se trata de una búsqueda literaria que experimenta con las palabras en la fricción entre visual y sonoro. Al promediar el libro leemos:

Que había pájaros en la habitación
y amenaza de muerte,
que había mujeres con piernas de caballos
y lágrimas en los ojos.
Que el agua llegaba hasta las rodillas,
que había ladrones en el techo,
que había tempestades, que había calma,
oscuridad o luz, no lo sé, nadie lo sabe.

La estructura anafórica del poema organizada en torno a la reiteración del pronombre “que” muestra por un lado el silencio de otra voz, -¿quién dice esto?- y por otro la superposición de imágenes, como el collage de un sueño / acontecimiento del cual nadie sabe nada. De esta manera el poemario propone el vacío como espacio de significaciones difusas, ambiguas, imprecisas para hacer evidente la incertidumbre de la vida y la muerte, semejante al *clinamen* o caída vertical de las partículas² provocando una difracción entre sonido y sentido.

Es posible que este deslizamiento entre formas estéticas se asocie al carácter de artista multifacético de Juan Pablo Aldonati -entre la música, la plástica y la escritura- quien trae al poema esa heterogeneidad de lenguajes y gesta una escena donde dialogan unos con otros. Sin embargo, más allá de eso *Donde tejen las arañas* se ofrece como una construcción poética compleja donde se explora la historia, las costumbres, los sonidos del mundo desde una mismidad que percibe, como en el epígrafe de Aldo Oliva, a las tropas enemigas siempre en acecho desde dentro mismo del sujeto.

Raquel Guzmán

² Cfr Cassara W (2011) *El oído en el poema*. Buenos Aires: Bajo la luna. P 111.

Ladran los perros,
corazón abierta granada,
ventana atravesada sin tocarla,
tierra recorrida sin tocarla,
los perros ladran sin temblor,
ladran sin ladrones ni gatos,
los perros ladran a un fantasma sin suelo.

Me adelanto en la ruta,
insectos y pájaros me atraviesan el alma,
quedan atrás los huesos,
quedan atrás los pelos y la carne,
quedan atrás el mundo.

Me adelanto en el río,
el musgo y los peces me rebalsan,
quedan adentro los viñedos,
quedan adentro los cúmulos de estrellas,
quedan adentro los vientos.

Llega luz tu cuerpo déspota de mi cuerpo,
el arte está en los colores y las formas
que dan los detalles de tu piel,
la libertad está en el cincel de mi mano sobre tu curva
y el final se gesta con tus labios hacia la tierra,
con tu mundo sobre mi sangre,
con tu ademán de cielo, selva,
monte y quebrada.

Que había pájaros en la habitación
y amenaza de muerte,
que había mujeres con piernas de caballos
y lágrimas en los ojos.

Que el agua llegaba hasta las rodillas,
que había ladrones en el techo,
que había tempestades, que había calma,
oscuridad o luz, no lo sé, nadie lo sabe.

El cielo escupe balazos de vida,
el día es púrpura,
el púrpura levanta una lanza dramática,
el cielo escupe al día,
el día es un fruto maduro,
no trae muecas, resalta los semáforos,
no cabe la sonrisa en este día.

El milagro brilla con tus pies,
los pechos de la noche caen en cenizas
con tu forma que desaparece
entre los músculos del viento y aparece,
pero el milagro brilla con tu piel mineral,
con la cáscara que cae, con el moretón que se va,
con el pelo que crece, con la saliva que seca la herida,
no sólo de algo que se ve y se huele,
si no de algo tuyo que en febrero ofrece cuencos húmedos
y en agosto llena los huecos inútiles de la humanidad.
Tus pies en el río, en la tierra, en el jardín,
tus pies aún se marcan con la roseta seca,
con la piedra, con la hierba,
dejan huellas en los infinitos continentes del universo,
en el suelo de los océanos,
tus pies en el aire.

Siestas amarillas,
mi madre de guardapolvo,
la brasa de la infancia
y al otro lado de la puerta, la muerte.
Niños en frascos,
órganos en formol,
piojos, agua y sangre
cráneo perforado por la bala.
Facturas, medialunas,
mate cocido, pan de grasa,
la alarma no suena para salir,
los tejidos, mis dibujos,
los paraísos de afuera,
la ventana, el sol.

Anoche el verano pasó por arriba,
algunos de sus dedos nos acariciaron,
yo fui pez rémora de tu espalda por la orilla de enero,
pendiente como nunca
de la gestación de la lluvia.

Me abrazo al viejo continente
y me abrazo a tu espalda.
Tus manos traen las cenizas de la guerra,
arte, día, amor.
América sube y baja por mi piel
y colorea mi sangre resonante.
Las lunas alineadas en tu cuello,
los álamos hacia nosotros,
tu rostro, la mañana, nada.

Agosto se encorva,
agosto se agacha y te da la espalda,
huele a kerosene, huele a procesión,
enfermedad y milagro,
agosto es un perro gigante
que lleva el pan y que lame las heridas,
es un norte encontrado,
es la peste, las llagas,
es dulce de durazno sobre galleta de agua.

Puede ser una semilla, una flor,
puede ser un sol, una glándula,
puede ser útero, embrión,
puede ser un fuego, una lágrima,
un nacimiento, un tránsito a la nada,
puede ser el principio.

Las bisagras de la ventana
suenan como cuernos nórdicos
anunciando una batalla.

El caucho de la rueda de los autos
y su golpeteo en los pozos del asfalto
se asemejan a furiosas montoneras.

La luna da en tu cara,
tus gemidos armonizan con el viento,
sos una guitarra.

Mi lomo se hincha de bronca como un escuerzo,
descascaro todas las paredes, explotan los vidrios,
mi piel se raja de ira, volteo postes de luz,
volteo antenas, cables, paredes,
aplusto hombres, animales, fantasmas,
ángeles, fantasía, dioses,
destruyo barrios, avenidas, plantaciones,
ríos, árboles y flores.

Hasta el mismo mal es devorado
por mi aluvión de podredumbre.

Geranios al frente,
menta y muerte,
una luz celeste ilumina
por un segundo las casas y vuelve al dolor.
A ningún lado van las últimas penumbras,
sólo giran sobre un valle de pobreza.
Los gorriones sobre las tapias,
las moras y los bulevares,
la lengua corriente y el hueco no se mueven.

Entra la noche y me lame la espalda,
roza los marcos con sus caderas
y vuela el polvo de las persianas
con sus dedos azules.

Entra la noche con gemidos,
engruda las paredes con su sexo
y deja huellas sobre todas las angustias.

Entra la noche y me lame,
sus pies quedan en el cielo.

Tacuara seca en el cielo,
entre los árboles, entre los pájaros,
pie cuadrado en el fango,
terron en la mano pedregosa y cincha,
y la garganta es una siesta del verano
y el pelo un pastizal del invierno.

Casero, patero, cimarrón,
madera, jarilla y cuero.

Huele a soledad la barbarie,
suena a soledad el galope,
huele a fantasma cada partida,
suena a fantasma cada saludo,
cada beso, cada apretón de cuerpos.

Malabares en la punta
de una antena.

Cuerpo terminal,
donde cucarachas voladoras
van y vuelven.

El diablo es una
cagada de pájaro.

Las palomas son señoras
que chusmean,
dios es un fuentón con agua
donde la especie humana
se saca las costras de los pies.

Volcán que la noche envuelve,
Tu lava rodea mi piel
y fortalece mis músculos.
El ser brillante corcovea y
resplandece hacia la hondura
roja y dorada.
Tamborileo desenfrenado de la sangre,
Anaranjada envoltura del verano.

Tomame, secame
cortá los cauces
por donde mis napas
se expanden.
Erigime como un desierto
desatá los páramos,
los oasis, las huellas del viento.

Cáscara caída,
mente en negro,
cielo vacío,
espalda transparente.

Ya escarbado
el hormigón de la muerte,
en el tránsito,
por la punta de la vida.

Los suspiros
son medusas
que se desatan,
el suspiro del fuego.

Fantasma furtivo y silencioso,
escondido en las copas nocturnas
de los árboles para vivir.
Sangre de las sombras,
ojos incrustados en la penumbra.

El cielo verde,
la hoja verde,
el río verde,
necesito mi desierto.

Las melenas de los paraísos
envuelven la tarde,
océanos por el cielo
cruzan hacia el norte.

Se desprende un peñasco de mi espalda,
corta las rutas, se moldea con la serpiente
vertical de las aguas
que come las piedras y dobla el acero.

Una bola de fuego baja por la quebrada negra,
la noche es siempre azul
en cualquier trastorno.

La hierba abierta
en el aire del fuego.

La yerba limpia
en el agua y el humo.

La brasa adentro,
las piedras negras,
arboleda en los pulmones.

El cuerpo largo.

Buenos Aires se termina,
en algún punto caen los edificios,
desaparecen los balcones
y las calles y avenidas pierden las luces,
en algún punto el río
le lame las costillas
y ya no quiere ceder más.

Buenos Aires es pequeño
y se termina.

Contratapa

Este libro actualiza los mitos de huida, hay un cuerpo que abandona un lugar pero también se abandona a sí mismo describiendo un derrotero que atraviesa tiempos y espacios. La naturaleza se imbrica con lo humano en sus sonidos y sombras, metamorfosis donde se anudan recuerdos, memorias y también las historiografías locales. Lo seco, desagradable, terroso junto a lo sangrante y fantasmal crean un clima y un tono que da unidad al poemario para decir las pérdidas, las luchas y oscuras vicisitudes del sujeto poético.